



Evaganzas



Sobre cinismo y caninez

Lo de que «el perro es el mejor amigo del hombre» es una de esas simplificaciones cuasi axiomáticas que todos damos como buenas sin molestarnos en comprobar su dudosa veracidad y su porqué, tal vez por flojera, o por temor al ridículo. Es fama, desde luego axioma no comprobado, que el perro fue el primer animal que se “domesticó”, para compartir el campamento tribal con el homo, seguramente para aprovechar los restos de sus opíparos festines cuando la caza era abundante, para terminar convirtiéndose finalmente en parte de la pareja simbiótica “homo-perro” que conocemos. Esto probablemente ocurrió así, pero mucho antes de que se inventara la historia, aunque si existían seguramente las historias, que contaban los historieros nocturnos en la tertulia tribal alrededor de la hoguera, donde poco a poco nuestros aliados los perros se fueron integrando.

El porqué los perros se someten tan adecuadamente a la voluntad y a los caprichos del homo es fácil reconocerlo si analizamos los usos y costumbres de sus parientes feroces, los lobos y coyotes en estado salvaje. Es su peculiar característica vivir sometidos a un individuo fuerte, un caudillo, que dirige la manada. En el caso del perro doméstico es el homo, el “amo” que asume el rol de “perro” dominante, y a quien obedece, imita, admira, y a veces hasta idoliza a niveles enfermizos.

Había una vez un can muy temido, que había mordido a una parte importante de la población aldeana de Balsoma, para beneplácito de su “señor”, uno de esos ejemplares de antropóforos que tendemos a encontrarnos en los lugares menos oportunos que azuzaba a su pupilo recreándose voluptuosamente con el sufrimiento de las circunstanciales víctimas. Pues bien, el desalmado chucho trató una vez de mordirme subrepticamente, como solía hacerlo en sus ataques taimados a los desprevenidos caminantes, pero ocurrió que yo me encontraba de momento muy bien apercebido y en buena disposición de no dejarme sorprender.

En la lucha a mano limpia con una de estas máquinas de morder, uno está normalmente en franca desventaja, pero, en esta oportunidad, mi mano, cerrada en ese característico gesto de crispación, de amenaza, y a veces de impotencia, al que llamamos puño, acertó a golpear en alguna zona sensible del blindado cráneo del bruto, dejándolo Knock-Out, para consternación del taimado dueño que no se explicaba tamaño irrespeto a su brutal camarada de fechorías. Cuando despertó, todavía medio groggy, en un gesto servil de sumisión el canino fiero estaba lamiendo mi mano como un vil esclavo. ¿Que en qué consiste la caninez? La caninez define la conducta perruna en el homo; aquel que pretende hasta ese sentimiento que llaman amor, pero totalmente fingido, actuado, de conveniencia ocasional, como en una historia cinemada. Estos ejemplares faunísticos cambian sus lealtades con mucha facilidad. Suelen ser lambiscones como los perros falderos, son cobardes naturales, pero gustan de hincar el diente a traición cuando alguien se da la vuelta y los ignora.

Aunque la palabra cínico significa perro (el griego *kynos*), el concepto de cinismo es para mí muy diferente al de caninez, pues define a los seguidores de una escuela filosófica griega, uno de cuyos miembros más conocidos fue Diógenes de Sínope, que vivió en un tonel (Como Chespirito) y llegó a ser considerado un modelo de sabiduría; Una vez lo visitó el Gran Alejandro de Macedonia, que le preguntó si quería alguna cosa, a lo que Diógenes respondió: «Si, que te apartes y no me ocultes el sol»; Otra de sus anécdotas lo sitúa paseando por Atenas en pleno día con una linterna de aceite encendida; cuando le preguntaban la razón respondía: «Busco un hombre»; Platón que fue su maestro le llamaba «Sócrates delirante». Según esto, el cínico sería un crítico social incómodo, aunque la gente a veces use la palabra en otros contextos no muy afortunados.